

EL LENTO DESPERTAR (2)

EL ÚLTIMO VERANO

Aquel último verano que vivimos en Huesca, cuando yo acababa de cumplir nueve años, tuve el privilegio de ir unos días con mis padres y con mi hermano mayor al Mediterráneo, a Tarragona.

Él ya había ido en anteriores veranos. Yo no, porque era pequeño. Y mi hermano me iba anunciando los misterios de la residencia Urbis, y de aquella máquina donde echabas una moneda y te salían cacahuetes a puñados, no en bolsa, unos cacahuetes que nunca he vuelto a saborear.

Antes de llegar, trataban de explicarme cómo era el mar. Era como una piscina – por eso llevábamos bañadores, y toallas – pero era enorme. Súper enorme. Me decían que no se veía la otra orilla. Así que yo me imaginaba la piscina de Almazán, a la que me llevaban en Huesca, y la extendía hasta hacerla del tamaño de diez campos de fútbol, de manera que no se pudiese ver lo que hubiera al otro lado. Mi madre me decía que no era eso, y de su boca salía el vocablo “horizonte”. Pero yo no conseguía visualizar en mi cabeza una orilla que no se ve.

Me llevaron a un mirador en lo alto de la ciudad. Abajo había vías de tren, o eso recuerdo. Y frente a mí vi, por primera vez, lo que yo nunca hubiera podido imaginar. Por primera vez sentí el vértigo de lo que absolutamente desborda. Y contemplé, anonadado, lo inconcebido por mí, lo inconcebible, lo inmenso, bordeado por una línea que no encierra ni marca ni abarca: el horizonte, que me muestra mis límites y me abre a lo ilimitado.

Y una noche estábamos tomando un helado, creo. Y, de repente, mis padres empezaron a hacer comentarios. Llamaron mi atención sobre algo. No, sobre alguien. Sobre unas personas que estaban tras de nosotros. Al girarme, de nuevo sentí el asombro ante lo no imaginado.

Eran dos chicas y un chico, jóvenes, absolutamente estafalarios. Con pelos largos, muy largos, con ropas de colores y cintas en el pelo y flecos, y flores... muy raros. Mis padres me dijeron que aquellos eran unos jipis. Yo nunca había oído aquella palabra, y pregunté qué era un jipi. No recuerdo muy bien las explicaciones, pero me parece que me los describieron como unos gamberros, como algo malo. Mi madre, sobre todo, creo que mostraba cierto desprecio. Pero ellos parecían tranquilos y despreocupados.

Y allí, de nuevo, estaba lo imposible... porque las chicas iban descalzas. Iban descalzas por la calle. Eso no podía ser: solo se puede ir descalzo por la casa. Eso no estaba bien: sus pies se ensuciarían, y

podrían pisar cualquier cosa. Pero iban descalzas. Y, cuando se alejaron caminando despacio, indiferentes a lo que pisaban, y nos dieron la espalda, vi que, efectivamente, las plantas de los pies de aquellas dos jipis gamberras, malas y guapas, estaban negras. Y me gustó. Y quise que no me gustara. No sabía que aquello era algo que, algunos años después, despertaría, crecería y explotaría: el morbo.

